

Israel: un callejón sin salida en 2007

Balance

Med. 2008

210

Ilan Pappé

Catedrático

Universidad de Exeter

El fracaso del verano anterior en el Líbano ya anunciaba los acontecimientos de 2007. Una operación militar mal organizada y condenada al fracaso, supuestamente para recuperar a dos soldados secuestrados por Hezbolá, ha dejado Beirut y el sur del Líbano en ruinas y ha asolado la vida social y económica en gran parte del norte de Israel. El número de víctimas militares y civiles en el bando israelí no fue grande en comparación con las pérdidas humanas que sufrió el Líbano, pero supuso un precio muy alto en términos israelíes.

En el año 2007, la opinión pública israelí esperaba la conclusión de una comisión investigadora, que finalmente resultó ser demasiado tímida para atreverse a acusar al jefe de Estado y a los dirigentes del Ejército de haber arrastrado innecesariamente a Israel y al Líbano a una confrontación militar que se saldó con miles de ciudadanos libaneses muertos y heridos. No obstante, la mera existencia de la comisión tuvo la suficiente fuerza para provocar la dimisión del jefe del Estado Mayor israelí. Sin embargo, como sistema político, Israel no ha extraído ninguna lección significativa de la segunda guerra del Líbano, lo que en muchos sentidos ha sido a causa de su ideología sionista. Esa es la razón por la que muchos observadores, entre ellos el autor de este artículo, temen que pueda producirse otra agresión israelí contra el Líbano y Hezbolá.

Este fracaso no le costó el cargo al Primer Ministro israelí, Ehud Olmert. Tampoco lo han conseguido las incesantes acusaciones de corrupción en su pasado remoto y reciente. Cuando se iba a publicar este artículo (junio de 2008), Ehud Olmert recibió la acusación más grave de corrupción hasta entonces;

puede que en esta ocasión la suerte esté echada y su carrera política llegue a su fin.

Sin embargo, como ocurrió en el caso del Israel posterior a 1967, un cambio personal en la cúpula no significa demasiado en términos estratégicos y globales. Desde la creación de Israel, la elite política del país ha estado guiada por dos principios a la hora de afrontar el punto principal de su agenda: la cuestión palestina. La primera dimensión era y sigue siendo el territorio o el espacio, y la segunda era y sigue siendo la demografía o la identidad étnica. El objetivo era mantener la mayor extensión posible de la Palestina histórica con el menor número posible de palestinos. No fue hasta 1948 cuando el joven Estado de Israel tuvo la capacidad de empezar a poner en práctica su idea. Aprovechando el final del mandato británico, el apoyo occidental tras el Holocausto, la impotencia del mundo árabe y la desorganización palestina, las fuerzas sionistas llevaron a cabo la limpieza étnica de la mitad de la población nativa de Palestina y se hicieron con cerca del 8% del territorio. En el proceso, destruyeron más de 500 pueblos palestinos y una docena de ciudades.

No obstante, según la elite política israelí del período entre 1948 y 1967, Israel necesitaba más espacio. Tanto un líder egipcio imprudente –Gamal Abdel Nasser– como un rey jordano joven e inexperto y un régimen afín al soviético en Damasco jugaron su baza frente a unos israelíes ávidos de territorio. El ataque preventivo israelí de junio de 1967 no fue la única vía para resolver la crisis de ese año, ya que estaba en marcha una sensata solución soviético-estadounidense. Sin embargo, para la elite política israelí, este momento fue una oportunidad histórica que condujo al control de Israel sobre la totalidad de la Palestina histórica. También supuso la incorporación de un millón y medio de palestinos, con lo que el deseo de tener un Estado judío con la mayor pureza étnica posible fue perdiendo fuerza.

El Gobierno israelí de 1967 decidió que no se anexionaría los territorios palestinos que había ocupado en junio de 1967, pero que tampoco se retiraría de ellos, ni siquiera para un acuerdo de paz. También permitió la colonización de grandes zonas de estos territorios por parte de pobladores judíos. Fue en ese momento cuando surgió la fórmula para administrar los territorios ocupados que, en 2007, constituyó el punto central de la agenda política de Israel y, hasta cierto punto, ocupó también un lugar destacado en la agenda política mundial.

Como en 1967 se decidió no abandonar los territorios y a la vez permitir a sus habitantes que permanecieran en ellos, Israel desarrolló la estrategia de una megaprisión en estos territorios. Podría ser una prisión abierta, donde los israelíes tendrían pleno control sobre las fronteras, el territorio, el agua y los puentes aéreos con el mundo exterior, así como sobre el movimiento dentro de los territorios. Se controlaría con ayuda de una enorme red de colaboración y una elite municipal autóctona que disfrutaría de un grado considerable de autonomía para administrar los asuntos de la población. También se ofrecía la posibilidad de trabajar en Israel, siempre que los trabajadores regresaran cada día a la megaprisión. Con el paso de los años, amplios sectores del sistema político israelí incluso estaban dispuestos a llamar Estado a esta opción de la megaprisión. Esta opción ganó especial popularidad en 2001, cuando fue adoptada por Ariel Sharon, que incluso se mostró dispuesto a sacar a los colonos de la franja de Gaza, con el fin de facilitar la autonomía de los palestinos, pero también el control de la franja desde el exterior por parte de los israelíes.

La necesidad de tales medidas se derivaba de la otra opción de la estrategia israelí: la prisión de alta seguridad. Esta estrategia se desarrolló como reacción frente a la falta de disposición por parte de los palestinos a apoyar la idea de la megaprisión. La opción de la prisión abierta fue rechazada las dos veces que fue ofrecida por los israelíes, la primera de ellas durante los diez primeros años de ocupación. La decisión de los palestinos de no reelegir a la mayoría de las autoridades municipales colaboradoras en 1976 y mostrar lealtad a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) fue vista por los israelíes como un acto de rebelión y desembocó en una política de medidas punitivas en 1981 por parte del entonces ministro de Defensa, Ariel Sharon, quien también trató de destruir la OLP en el Líbano en 1982. Cuando en 1987 llegó la verdadera rebelión, en for-

ma de la primera Intifada, los israelíes pusieron en marcha la opción de la prisión de alta seguridad. Recurrieron a medidas punitivas severas e inhumanas: demolición de viviendas, prohibición del movimiento, arrestos masivos sin celebración de juicios, expulsión de personas y cierre hermético de los territorios desde el exterior.

Los israelíes trataron de ofrecer la opción de la prisión abierta por segunda vez en 1993, mediante el Acuerdo de Oslo. Casi en el último momento, el líder palestino Yasser Arafat rechazó la imposición, lo que condujo a la segunda Intifada, en 2000.

La opción de la prisión de alta seguridad volvió a ponerse en marcha con energías renovadas y nuevas perspectivas. No era solo una medida de seguridad, sino también una campaña diplomática y una estrategia política. Fue concebida por el Primer Ministro israelí de 2001, Ariel Sharon, que llegó a fundar un partido político, Kadima, que le ayudaría a poner en práctica su idea. Esta se correspondía con el concepto de unilateralidad. El argumento de cara al mundo fue que en el bando palestino no hay un interlocutor con el que negociar la paz, lo que da derecho a Israel a decidir de manera unilateral sobre el futuro de los territorios ocupados.

Esto suponía volver a las dos dimensiones históricas e ideológicas mencionadas anteriormente: la geografía y la demografía. Era el momento de tomar decisiones acerca del espacio que finalmente ocuparía Israel y el espacio de la megaprisión. Fiel a las ideas que había desarrollado ya a principios de la década de 1980 y que explicó en detalle en el siglo XXI, Ariel Sharon consideró que Israel debía anexionarse casi la mitad de Cisjordania. No como un territorio único, sino como pequeñas partes. Lo que más le interesaba era incorporar los bloques de los asentamientos, las bases militares, las «carreteras del apartheid», los «parques nacionales y reservas naturales» (que son zonas prohibidas para los palestinos), los recursos hídricos y el valle del Jordán.

Para 2007, la anexión casi se había completado. Todas estas entidades puramente judías anexionadas dividieron Cisjordania en 11 pequeños cantones y subcantones. Actualmente todos ellos se encuentran separados entre sí por esta compleja presencia colonialista judía. La parte más importante de esta invasión es la gran brecha de Jerusalén, que divide Cisjordania en dos regiones diferenciadas sin conexión territorial para los palestinos.

Una parte de este complejo unilateral son el muro y la barrera de separación, construidos en 2001. Hay

muros y vallas entre Israel y Cisjordania, pero hay muchos más dentro de Cisjordania, que se emplean para rodear pueblos, barrios o ciudades. Existen diferencias entre Cisjordania y la franja de Gaza. Las dos entidades geopolíticas presentan formas distintas: Cisjordania está formada por pequeños guetos, mientras que la franja de Gaza es en sí misma un enorme gueto. Existe otra diferencia: oficialmente, la franja de Gaza es en la actualidad para los israelíes el pabellón donde se guarda a los «presos más peligrosos». Por su parte, Cisjordania sigue funcionando como un enorme complejo de prisiones al aire libre con forma de asentamientos humanos normales, tales como pueblos o ciudades, que están conectados entre sí y son supervisados por una autoridad penitenciaria que ejerce con violencia un inmenso poder militar.

Por lo que respecta a los israelíes, la megaprisión de Cisjordania puede denominarse Estado. Cuando Yasser Abed Rabbo, inspirado por los recientes acontecimientos de Kosovo, amenazó a los israelíes con una declaración unilateral de independencia en los últimos días de febrero de 2008, nadie en el bando israelí pareció oponerse demasiado a la idea. Este es más o menos el mensaje que un desconcertado Abu Alá recibió de Tzipi Livni, ministra de Asuntos Exteriores de Israel, cuando la llamó para asegurarle que Abed Rabbo no hablaba en nombre de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). La impresión de Abu Alá fue que la preocupación de la ministra era más bien la contraria: que la ANP no aceptara llamar Estado a las megaprisiones en un futuro próximo.

Esta falta de voluntad, unida a la insistencia de Hamás en resistirse al sistema de la megaprisión mediante una guerra de liberación, obligó a los israelíes a replantearse su estrategia con respecto a la franja de Gaza. Ha resultado que ni siquiera los miembros de la ANP más proclives a la colaboración están dispuestos a aceptar la realidad de la megaprisión como «paz», ni siquiera como un «acuerdo basado en la existencia de dos Estados». Ya en 2006, Hamás y la Yihad islámica incluso tradujeron esta falta de voluntad en ataques a Israel con cohetes Qassam. En consecuencia, se ha desarrollado el modelo del pabellón para los presos más peligrosos: los principales estrategias del Ejército y el Gobierno se alían para una «gestión» a muy largo plazo del sistema que han creado, mientras aseguran estar comprometidos con un «proceso de paz» vacío, que recibe muy poco interés a nivel mundial y que se enfrenta a una oposición constante a nivel interno.

En 2007, el mundo fue testigo de primera mano de las implicaciones de la nueva estrategia israelí con res-

pecto a la franja de Gaza. Al considerarse el pabellón más peligroso del complejo de la megaprisión, es objeto de las medidas punitivas más brutales por parte de la autoridad penitenciaria. Estas medidas incluyen matar a los «presos» mediante bombardeos aéreos o con artillería, asfixiar a la población con medidas económicas y cerrar herméticamente la franja al mundo exterior. Estas medidas punitivas no son meras consecuencias inevitables del concepto de la megaprisión, sino que constituyen resultados deseados. Los cohetes que lanzaron los palestinos contra Sderot, una ciudad del distrito meridional israelí que limita con la franja de Gaza y que se ha convertido en un objetivo frecuente, contribuyen a la lógica de la megaprisión. En 2007, todos los generales israelíes, a los que se entrevistó sobre las acciones militares con las que el Ejército podía responder a los cohetes Qassam, reconocieron que no existía una solución militar adecuada. Sin embargo, insistieron en la importancia de mantener una política israelí de represalias. En otras palabras, las medidas punitivas no pueden destruir la resistencia, pero sí ofrecen la oportunidad de tomar represalias. A su vez, el contraataque proporciona el argumento y la justificación para la siguiente medida punitiva, por si alguien en la opinión pública nacional dudaba del acierto de la nueva estrategia.

En el futuro próximo, cualquier resistencia similar por parte de otros sectores de la megaprisión de Cisjordania recibiría un tratamiento parecido. Es muy probable que estas acciones se produzcan en un futuro inmediato. De hecho, la tercera Intifada está en camino y la respuesta israelí sería seguir desarrollando el sistema de la megaprisión. Un elemento de esta estrategia que seguiría siendo especialmente prioritario es la reducción del número de «presos» de ambas megaprisiones, por medio de la limpieza étnica, las matanzas sistemáticas y la asfixia económica.

No obstante, existen obstáculos que impiden el funcionamiento de esta máquina de destrucción. Parece que cada vez más judíos en Israel (la mayoría, según una encuesta realizada recientemente por la CNN) desea que su Gobierno inicie negociaciones con Hamás. La megaprisión es una buena opción, pero, si las zonas residenciales de los encargados de vigilarla tienden a ser absorbidas y tienen muchas probabilidades de entrar en la línea de fuego en el futuro, el sistema fracasa. Desgraciadamente, dudo que la encuesta de la CNN represente con exactitud el sentimiento actual de los israelíes, pero sí indica una tendencia esperanzadora que confirma la insistencia de Hamás en que Israel solo entiende el lenguaje de

la fuerza. Sin embargo, puede que esto no sea suficiente y, mientras tanto, la perfección del sistema de la megaprisión se mantiene incólume y las medidas punitivas adoptadas por su Autoridad se están cobrando las vidas de muchos más niños, mujeres y hombres en la franja de Gaza.

En 2007, el Gobierno israelí intentó convencer a la opinión pública mundial de que la violencia que sacude a Gaza tiene su origen en el fanatismo islámico y de que las medidas israelíes empleadas para hacerle frente debían considerarse como parte de la «guerra contra el terror» general que se libra en todo el mundo. La ministra de Asuntos Exteriores israelí, con la ayuda de la inteligencia militar, se esforzó por demostrar que Hamás y la Yihad islámica eran representantes de Al Qaeda o de Irán. La pequeña guerra civil que estalló en 2007 entre Hamás y Fatah también se presentó en estos términos.

Sin embargo, el origen de esta guerra civil hay que buscarlo en otra parte. La historia reciente de la franja –60 años de desposesión, ocupación y encarcelamiento– ha generado necesariamente enfrentamientos internos violentos como los presenciados en 2007. Esa misma historia ha dado lugar a otros aspectos desagradables de la vida que se desarrolla en esas condiciones intolerables. De hecho, sería justo decir que esta violencia, y concretamente los enfrentamientos internos, es mucho menor de lo que cabría esperar, dadas las condiciones socioeconómicas a las que han dado lugar las políticas genocidas israelíes desde 2000.

Las luchas por el poder entre los políticos, que cuentan con el apoyo de organizaciones militares, son sin duda un asunto desagradable que convierte a todos los miembros de la sociedad en víctimas. Parte de lo ocurrido en Gaza en 2007 fue uno de esos enfrentamientos, entre políticos que habían sido elegidos democráticamente y aquellos a los que les costaba aceptar el veredicto del pueblo. Pero esto apenas constituye el principal enfrentamiento. Lo que había detrás de Gaza era un campo de batalla entre los representantes locales de los Estados Unidos e Israel –la mayoría de los cuales lo son de manera involuntaria, pese a lo cual bailan al son que les toca Israel– y sus opositores. La oposición que triunfó en 2007 y

se hizo con el control sobre Gaza lo hizo desgraciadamente de un modo que resulta muy difícil aprobar o aplaudir. Lo preocupante no son las intenciones que tiene Hamás con respecto a Palestina, sino los medios que ha elegido para conseguirlas, que esperamos que no se arraiguen ni se repitan. En su favor, habría que decir abiertamente que los medios empleados por Hamás son parte de un arsenal que en el pasado le permitió ser la única fuerza activa que al menos intentó detener la destrucción total de Palestina. La forma en la que los empleó en 2007 resulta menos admisible, y esperemos que sea temporal. Sin embargo, no se pueden condenar los medios si no se ofrece una alternativa. Quedarse de brazos cruzados ante la idea de Israel y los Estados Unidos de asfixiar la franja hasta la muerte, limpiar la mitad de Cisjordania de su población indígena y amenazar con el traslado al resto de los palestinos –dentro de Israel y en las otras zonas de Cisjordania– no es una opción. Equivale al silencio de las personas «decentes» durante el Holocausto.

Es mucho lo que depende de la respuesta internacional. Cuando Israel fue absuelto de toda responsabilidad por la limpieza étnica de 1948, convirtió esta política en una herramienta legítima de su agenda nacional de seguridad. Si el mundo tolera el aumento actual de las medidas punitivas israelíes contra los palestinos, estas se intensificarán y se emplearán de forma aún más drástica.

Si no es la presión internacional, como la que se ejerció contra Sudáfrica en el auge del *apartheid*, nada detendrá la matanza de población civil inocente en la franja de Gaza y en Sderot, la demolición de viviendas en las zonas del Gran Jerusalén, la limpieza étnica junto al muro y la barrera de separación y el constante encarcelamiento de más de 10.000 palestinos sin la celebración de un juicio, muchos de ellos niños. No podemos hacer nada contra ello aquí, en Israel. Algunos pilotos valientes se han negado a participar en las operaciones y dos periodistas –de 150– no dejan de escribir sobre ello, pero eso es todo. En nombre de la memoria del Holocausto, esperemos que el mundo no consienta que continúe la matanza en Palestina.